

blando moderadamente alcance el silencio, diciendo lo que conviene y callando lo que se ha de callar. Concédeme, Señor, que te guarde una fe pura y limpia, sin algún error, que haga obras dignas conforme á esta fe, y que no manche la fe pura con la mala obra. Dáme que á ti, que creyendo confieso por bueno, no te niegue viviendo mal; y que á ti, á quien hablo con grande fe, no te ofenda con obras de infiel. Haz, Señor, te ruego, que me conserve en un santo propósito, siguiendo la justicia, y quiera la castidad amando la misericordia y la verdad; que aborrezca la mentira, que no piense ni hable cosa falsa, que sin cesar te tema, que te quiera y te ame, que guarde tus mandamientos, que tenga paz con todos sin engaño, y reduzca á ella sin ficción á los distordes; que ofrezca á todos un amor sin fingimiento, que á nadie escandalice, que á nadie me prefiera, sino que me juzgue por menor que todos; que no resista á los Príncipes y potentados cristianos; que les obedezca, reverencie y honre, no por temor de su poder, sino por ti ¡oh altísimo Señor! que obedezca y ame á los más ancianos, y les ofrezca gracia de verdadero amor, á los iguales muestre hermandad, á los menores sufra, y que con igualdad de ánimo lleve los trabajos y peligros; que reverencie al padre, al amigo quiera como á mi alma, y ame al prójimo como á mí mismo, aprovechando á todos; que á ninguno ofenda, ni dañe, ni calumnie, ni sea contrario á nadie, ni tropiezo para que caiga; que no juzgue á nadie, ni quite su honra, á nadie injurie, ni murmure de vida ajena, á nadie aseche, ni mire como vive, sino que sólo cuide y sea solícito de mí, que en ninguna manera dé mal por mal; que no me acuerde de las injurias, ni de ningún modo las vengue; antes haciendo bien, venza la malicia con la bondad, bendiga y diga bendiciones al que maldice, y ame al enemigo como amigo; que sufra los menospre-

cios, afrentas y agravios de los airados, sin hablar palabra ni satisfacerme; que me olvide presto de las injurias y perdone al que me ofendiere, estando aparejado siempre para perdonar; que no desee cosa ajena, ni la tome con ocasión ni sin ella, y de mis bienes reparta misericordiosamente á los que los han menester; que tenga en mi casa por ti (que me redimiste) al hambriento, y le sustente; al sediento dé de beber, reciba al peregrino, vista al desnudo, visite al enfermo, busque al que está en la cárcel, consuele al triste, y me compadezca con el afligido y atribulado, que me haya misericordiosamente con el necesitado, parta la comida y el vestido con el pobre, abraza al mendigo, conserve y tenga al doméstico, ame al peregrino, redima al cautivo, sustente al extranjero, ampare al huérfano, favorezca á la viuda, acuda al oprimido, dé socorro al desamparado, deshaga las juntas de la maldad. Que declare tus preceptos, Señor, y tus documentos con celo santo, para que crean y oigan diligentemente, y los busquen con solitud, los enseñe con prudencia, los ejercite con diligencia y los cumpla con gran puntualidad, y esté siempre humilde en tu presencia para que me levante y no caiga; sea desembarazado, no oprimido; suba, y no descienda; porque la carne con quien vivo siempre quiere llevarme al pecado, y ser conmigo coronada, mas no quiere pelear conmigo.

XXXI

Deseos de ver á Dios, sacados de San Agustín ¹.

Dios mío, dulcísimo, benignísimo, amantísimo, preciosísimo, deseadísimo, amabilísimo y hermosísimo, ¿cuándo te veré? ¿cuándo pareceré delante de tu rostro? ¿cuándo me hartaré de tu hermosura? ¿cuándo me sacarás desta

¹ S. August., libello suspiriorum, invento in Vaticana, anno 1618.

cárcel oscura y tenebrosa para que confiese tu nombre? ¿cuándo pasaré á aquella maravillosa y hermosísima casa tuya, adonde siempre suena voz de alegría y regocijo en las moradas de los justos? Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa; en los siglos de los siglos te alabarán. ¿Quién me dará plumas como de paloma, y volaré, y descansaré? Ninguna cosa hay tan dulce para mí como estar con mi Señor. Bueno es para mí estar asido á mi Dios. Concédeme, Señor. mientras estoy en estos miembros flacos, que me llegue á ti para fortalecerme, como está escrito: El que se llega á Dios, un espíritu se hace con él. Ruégote me des plumas de contemplación, con las cuales vuele á lo alto adonde estás. Y porque todo lo siniestro va hacia bajo, ten mi alma de tu mano para que no se despeñe á lo profundo del negro y oscuro valle; porque interponiéndose la sombra de la tierra, no se aparte de mí el verdadero Sol de justicia, y le estorbe la niebla cubierta de oscuridades, para mirar las cosas altas, y por eso camine hacia la diestra á los gozos de la paz, y al muy sereno y deleitable estado de luz. Ten mi corazón de tu mano, porque sin ti no se levanta á las cosas más altas; allí deseo ir, donde reina la suma paz y resplandece una perpetua tranquilidad. Ten, Señor y rige mi espíritu, y haz dél á tu voluntad; para que siendo tú su guía, suba á aquella región de paz, para que allí siquiera con el pensamiento te toque á ti, que eres suma Sabiduría, que estás sobre todas las cosas, que las trasciendes y todas las gobiernas. Mas hay muchas que hacen ruido para espantar mi alma cuando va volando á ti. Callen, Señor, por tu mandado todas las cosas; guarde mi misma alma silencio, pase todas las cosas criadas, pase de sí, y llegue á ti, y en ti solo, Criador de todas las cosas, ponga los ojos de la Fe, que eres Criador del cielo y de la tierra; á ti suspire, á ti atienda, en ti medite, en ti

contemple, á ti ponga delante de sus ojos, y traiga en su corazón verdadero y sumo bien, y gozo sin fin. Muchas contemplaciones hay, con las cuales el alma que te ama maravillosamente se sustenta; pero en ninguna dellas se deleita y descansa tanto mi alma como en ti, y cuando piensa sólo en ti, y te contempla. ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura! ¡qué maravillosamente inspiras los corazones de tus amados! ¡Cuán admirable es la suavidad de tu amor, con el cual se perfeccionan aquellos que ninguna otra cosa aman, ninguna cosa buscan, ni desean pensar fuera de ti! Dichosos aquellos cuya esperanza eres tú solo, y todo ejercicio es orar á ti colgados de tus ojos. Bienaventurado el que se sienta solitario, y calla, y está en vela, guardándose continuamente de día y de noche, para que aun estando en este frágil cuerpecillo, pueda en alguna manera gustar de su dulzura. Ruégote, por aquellas saludables llagas que padeciste en la cruz por nuestra salud, de donde manó aquella preciosa sangre con que fuimos redimidos, que hieras esta mi alma pecadora, por la cual también te dignaste de morir; hiérela con una saeta encendida y poderosísima de tu excesiva caridad; que la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que cualquier espada de dos filos. Tú eres saeta escogida y cuchillo agudísimo, que puede penetrar con tu poder al duro escudo del corazón humano. Traspasa mi corazón con la saeta de tu amor, para que te diga mi alma: Herido estoy de ti, corriendo de la llaga copiosísimas lágrimas de día y de noche. Ruégote, Señor, que hieras este durísimo corazón con la piadosa y fuerte mano de tu amor, y con tu poderosa virtud penetra lo más íntimo dél, y así saca agua abundante de mi cabeza, y de mis ojos una verdadera fuente de lágrimas, que continuamente corra del grande afecto y deseo de tu vista hermosísima, para

que lloro de día y de noche, no recibiendo en esta vida presente consuelo alguno, hasta que en el tálamo celestial merezca ver á mi amado y hermosísimo Esposo, Dios y Señor mío, y viendo allí tu rostro glorioso, admirable y hermosísimo, lleno de toda dulzura, adore humilde tu Majestad con aquello que escogiste, y allí, lleno de inefable y celestial regocijo, dé voces con los que te aman, diciendo: Ya veo lo que deseaba, ya tengo lo que esperaba, ya poseo mi tesoro, porque estoy en los Cielos, junto con aquel Señor que estando en la tierra con todas mis fuerzas amé, á quien abracé con toda caridad, y á quien con todo amor me allegué, al mismo alabo, bendigo y adoro, que vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

XXXII

Deseos santos de Dios, sacados principalmente del venerable Tomás de Kempis.

¡Oh Dios de mi corazón! tú solo eres el que satisfaces mi alma con la multitud de tus bienes; tú eres mi esperanza y dulzura: tú mi salud y vida; tú todo mi deseo y consuelo; por ti suspira mi corazón, y mis ojos tengo puestos solamente en ti; pero en balde hace fuerza mi alma para llegar á ti, si tú no la llevares; porque no te podemos nosotros buscar si tú no nos buscas y no nos inspirares santos deseos. Desmayado está á quien tú no ilustrares y enciendes con el calor de tu luz eterna; entonces empieza á fervorizarse el alma en vivos deseos de ver tu claridad. ¡Oh ardor del Sol verdadero, cuán grande calor causas en el que te ama! Tú deshaces las tinieblas de la tristeza, y el trabajo conviertes en gozo, la pena mudas en alegría, y la aflicción en gran consuelo. Tú eres suave medicina de los tristes, farol resplandeciente de los que yerran; ilumí-

name tú, Señor, en este valle de lágrimas, hasta que me amanezca tu luz eterna. ¡Oh cuán dulce será tu vista, pues con sola tu memoria siente el alma tan grande consuelo! ¡Oh cuán de buena gana me privaré de toda alegría de la tierra y renunciaré á todo gusto de los sentidos, para que merezca ser recreado con tan suave dulcedumbre! A ti suspiro y á ti aspiro, Dios mío: faltan á mi alma los pulsos por irse tras ti. Mi corazón anhela por tu Hermosura, y tengo hastío de cuanto veo en la tierra. No me agrada consolación ni deleite humano, ni hallo remedio de mi dolor, si no es que mi corazón esté unido contigo. ¿Qué me pueden aprovechar las cosas visibles y cuantos bienes hay en la tierra, si me apartan de ti, que eres sumo Bien y Señor de los cielos? Las riquezas y haberes del mundo no pueden hartar mi corazón. Tú sólo, Dios mío, apagas la sed de mi alma; tú sólo eres mi deseo, á ti quiero unirme, en quien topo todas las cosas. No codicio nada fuera de ti, nada quiero más que á ti. Tú eres mi Dios y todas las cosas; en ti está todo bien; tú sólo bastas para todos; tú obras todo en nosotros; tú eres todo en todos; á los que aman eres esposo, á los que temen dulzura; á los buenos padre, á los pobres riquezas, á los tristes consuelo, á los penitentes esperanza, á los justos premio. Tú eres el amado de mi corazón, el alma me cautivas, la voluntad me robas, todas mis potencias ocupas, mi espíritu te busca. ¡Oh, si me descubrieras tu rostro! ¡Oh, si me llegaras á ti, y me unieras íntimamente contigo, y me admitieras á tus brazos tan dulces y estrechos! Tú eres, Dios mío, Dios de mi corazón, Tesoro de mi alma, Paraíso de mi espíritu! ¡Oh cuán suave es tu olor, cuán preciosos aromas exhalas de tu suavidad! Delante de ti está todo mi deseo, y no se te esconden mis gemidos. ¡Oh, cuándo me has de consolar con tu presencia! ¡Cuándo me has de satisfacer y llenar de

tus bienes! ¿Cómo no me desahogo en tu amor? De lo profundo de mi alma suspiro por ti. ¡Oh Rey del Cielo, sumamente amable, todo para desear! ¿cuándo me llenarás de alegría con tu vista? ¿cuándo me darás á beber del raudal de tu deleite, oh fuente pérenne de vida eterna? Muy triste me parece cuanto en ti no veo; tú eres mi descanso, y gloria, y contento; tú eres mi Dios, á quien amo, y en quien se regocijan mis huesos y mi carne. Dáme que te ame, que te desee, que te vea, y que te goce y alabe por eternidad de eternidades.

XXXIII

Afectos amorosos sacados por la mayor parte, de Santa Gertrudis.

¡Oh Amor y Dios mío, grandemente amado! ¡qué presto te encuentras con los que te buscan, y cuán dulce y amable eres á los que te hallan! Niño es, por cierto, quien no te ama, y sólo aprovecha quien se llega á ti y sin cansarse te está amando perpetuamente. ¡Oh, si tu dulcísima bendición me viniera, Amador eterno, para aprovecharme y agradarte de día en día y de virtud en virtud! ¡Oh Amado mío, si cogiera yo algún fruto de tu amor! No me basta, ¡oh dulce Amor! no me basta conocerte con el entendimiento, si no te amo con la voluntad. Ámote, Amor mío; deseóte, codiciote, apetézcote, y mil veces te deseo amar con un afecto inmenso y firme, que esté contigo inseparablemente, de modo que empieze ya á no vivir en mí, sino en ti. ¡Oh, si acabarás de manifestármeme, para que mi corazón se haga uno contigo! ¡Oh, si se me diese á gustar cuán grande es la dulzura de tu suavidad! ¡Oh, si estuviera tan lleno de tu amor, que ni un deseo tuviera de otra cosa, y á ti siempre deseará y por ti suspirará! Ea, dulce Amor mío; haz que te conozca y te prepare asiento en mi alma con toda santidad

y pureza. Recibe mi afecto, Amado mío, y recíbeme á mí como á cosa propia, que ya, si no es en ti, ni quisiera tener vida, ni espíritu, ni alma: á ti sólo entrego cuanto soy, mi entendimiento, mi voluntad, mis sentidos, y todas mis potencias, mi cuerpo, mi alma, mi espíritu. Con abrazo de amor me uno contigo. Dios mío no te dejaré, porque no me bastan tus dones, sino es que tenga á ti, que eres mi parte, mi patrimonio, mi esperanza. ¡Oh Amor mío, oh más que mi misma alma, Dios mío, oh vida mía, vida vivificadora! renuévame en ti y vivificame. ¡Oh eterno Amor, pues me diste sér, dáme en tu amor nuevo sér! ¡Oh Amor, oh vida de mi alma, que me redimiste! suple con tu caridad en mí cuanto me falta para llegarme á ti. ¡Oh Amor y Dios amantísimo! dáme que amándote, sólo viva para ti. ¡Oh Amor y Dios fidelísimo! dáme que con fidelidad te ame y con lealtad te sirva. ¡Oh Amor y Dios afabilísimo! dáme que todas las obras haga contigo y por ti. ¡Oh Amor y Dios bonísimo! dáme que no quiera otro bien más que amarte á ti. ¡Oh Amor, y mi Dios, y mi vida, y mi bien, y todas las cosas! dáme que no quiera otra cosa más que á ti, á ti sólo sirva, y ame, y desee, y alabe por perpetuas eternidades. Amén.

XXXIV

Deseos de Amor divino.

¡Oh alma mía! ¿qué haces que no amas al que te es más que tu alma, dándote vida mejor que la que tú das al cuerpo? ¿Por qué no amas á tu Amor y á tu Criador? ¡Oh voluntad mía! ¿por qué no te vas tras el sumo Bien, que te es todos los bienes? ¡Oh entendimiento mío! ¿por qué no admiras al que es Hermosura infinita? ¡Oh potencias y sentidos míos! ¿por qué no os empleáis en el servicio del que es todopoderoso y Señor omnipotente de Cielo y tierra?

¡Oh alma miserable! ¿por qué yerras tanto en tu amor, que no amas al que es amable sobre cuanto se puede amar? ¿Qué tienes? ¡Que ames á las criaturas, y no te mueras de amores por tu Criador! Mira que cuanta perfección y hermosura admiras ó amas en lo criado, todo está en su Autor, con más ventajas que hay del Cielo á la tierra. Sombra es, no la substancia; figura es, no la verdad; gota es, no el mar. ¿Cómo quieres apagar tu sed con tan poca agua? Aquel gran Señor de quien te olvidas, es sólo quien te puede hartar. Él sólo es quien te puede satisfacer, Él es fuente de todo bien, Él es mar dulce de toda perfección y suavidad. Cuanto hay de hermoso y bueno en las criaturas, destellos son que redundan desta fuente, arroyuelos son deste río, rayos son deste inmenso Sol de luz, que están engrandeciendo su bondad, predicando su sabiduría y mostrando su omnipotencia. ¡Oh miserable de mí! ¿qué bien hallas tan grande en las criaturas, que por él dejas al sumo Bien? Si te agrada la hermosura, mira que tu Dios es Belleza infinita, con cuya vista hermosísima se satisfacen los serafines, y en quien desean los ángeles mirar. Si buscas riquezas y tesoros, tu Dios es un infinito Tesoro; Él tiene todas las cosas en su mano, Él se te da por posesión y premio. Si quieres gusto, tu Dios es un Deleite infinito, que premia á los suyos con gozo eterno, y les da á beber del raudal de deleites y dulzuras. Si deseas honras y poder, tu Dios es toda Honra, que corona á sus siervos con gloria y honor. Si deseas sabiduría ó fortaleza, ó cualquier otro bien alguno, en Dios están todos los bienes, y todos infinitos. Él es el manantial de toda perfección, piélagos de bondades, abismo de hermosuras. Él es luz sobre toda claridad, bondad sobre todo bien, perfección sobre todo lo perfecto, dulzura sobre toda suavidad, y una fuente perenne de donde manan toda claridad, y bien, y

perfección, y dulcedumbre de las criaturas. ¿Por qué amas, ánima mía, los bienes falsos, pudiendo amar al verdadero y sólido bien? ¿Por qué te contentas con una gota, pudiendo echarte á pechos en la fuente? ¿Por qué te quieres abrazar con la sombra, y apartas de ti la verdad y esencia de todo bien? No hallarás en las criaturas manjar de substancia; ninguna te puede llenar; busca á Dios que sólo te hartará, te llenará de bienes, y gozo, y bienaventuranza.

XXXV

De lo mismo.

Acaba ya de amar ¡oh ánima mía! á tu Dios y Señor, pues Él primero te amó, y con un amor infinito, y desde una eternidad, antes que fueses. ¿Quién piensas que te dió el sér? ¿Quién te dió cuerpo y fuerzas? ¿Quién hizo para ti la tierra, el cielo, el aire, el agua, el fuego, el sol, la luna, las estrellas, los campos, los animales, y cuantas cosas te sirven para vivir? Todas son obras muy hermosas de un Señor hermosísimo. Todos son beneficios de tu Criador, que para ti lo hizo todo, para que viendo las finezas con que te amó antes que fueras, le pagaras tú, aunque tarde, con tu amor. Mira que te crió á ti para sí, deseando hacerte heredera de su reino y gloria. El Cielo clama, la tierra da voces, los elementos pregonan, los vivientes publican, todas las naturalezas testifican lo mucho que te ama y lo mucho que Él es amable. Si no bastan tantos dichos y voces de las criaturas, sean testigos de su amor la Cruz, los clavos, las espinas, los azotes y la misma muerte, pues quiso morir por amor de ti. ¡Oh gran argumento de bondad! ¡Oh clara señal de amor! Aquel eterno Amador se dió todo cuanto es por ti, y por tener más que dar, se hizo hombre para dar por ti su sangre y alma. Ni quedó gota de san-

gre en sus venas, ni un pelo en su cabeza, que no diese por ti en el Sacramento de su cuerpo y sangre. ¿Qué falta á este Dios tan dadivoso, porque no le quieras amar? ¿qué más deseas en un Dios tan amador? ¿qué más codicias en un Señor de infinita hermosura y poder? Ámale cuanto puedes, y desea poder amarle infinito. Entrégate á Él cuanto eres y vales. Gran dureza será la de tu corazón si no amas al que es todo bien, al que no sólo te dió á ti todos los bienes que tienes, sino que padeció tantos males por librarte del mayor mal de los males. Ama á tu principio, ánima mía, busca á tu fin, y apetece á tu centro. Para Dios te criaron, á Dios sólo debes mirar, y en Él sólo descansar. Mira con qué ímpetu buscan los elementos su esfera; córrrete que no busques la tuya. Las piedras se van á la tierra, el fuego se sube en lo alto; no hay criatura que no busque su fin; no hay elemento que no busque con toda fuerza su centro, siendo también criatura. ¿Cómo sólo tú no buscas ni apeteces el tuyo, siendo el mismo Criador, siendo la Bondad por esencia, siendo Hermosura infinita, y siendo la perfecta Bienaventuranza, en quien sólo puedes descansar? Ámale con todo tu corazón, búscale con todas tus fuerzas.

XXXVI

Deseos y oración por el amor divino, pidiendo muchas lágrimas de amor, sacado de San Agustín.

Dulcísimo Dios mío, amantísimo, benignísimo, deseadísimos, amabilísimo, hermosísimo. Ruégote que infundas la abundancia de tu dulzura y caridad en mi pecho, para que no desee ni piense cosa de la tierra, ni de la carne, sino sólo á ti ame, y á ti sólo tenga en mi corazón y en mi boca. Escribe con tu dedo en mi alma la memoria dulce de tu

regalado nombre de Jesús, de manera que jamás se borre. Escribe en las tablas de mi corazón tu voluntad y tus santas leyes, para que á ti, Señor de inmensa dulzura, y á tus mandamientos, siempre y en todas partes, tenga delante de mis ojos. Enciende mi corazón en aquel fuego tuyo que enviaste á la tierra, y quisiste que ardiese grandemente, para que cada día con lágrimas de mis ojos te ofrezca sacrificio de espíritu atribulado y corazón contrito. Dulce Dios, buen Jesús mío, así como lo deseo, así de todo corazón te lo suplico: dáme tu santo y casto amor, para que me llene, tenga y posea todo. Dáme, Señor, la señal de tu amor, que es una fuente perpetua de lágrimas, para que ellas sean testigos del amor que me tienes, ellas digan y muestren cuánto te ama mi alma, derritiéndose en lágrimas por la mucha dulzura de tu amor. Acuérdomme, poderoso Señor, de aquella santa mujer Ana que fué al Tabernáculo á rogarte la dieses un hijo, de quien dice la Escritura que después de su oración no se le mudó más el semblante de su rostro. Mas acordándome de tan gran virtud, de tan gran constancia, me atormenta mi dolor y se me cubre el rostro de vergüenza, porque me veo miserable estar abatido en una profunda bajeza. Vuelve, pues, tus ojos, y compadécete; porque si lloró con tantas ansias aquella mujer, y perseveró en su llanto la que buscaba un hijo, ¿cómo debe llorar y perseverar de día y de noche en su llanto el alma que busca y ama á Dios, y desea llegar á Él? ¿Cómo debe gemir y llorar quien busca á Dios de día y de noche, y ninguna otra cosa quiere amar sino á Cristo? Maravilla sin duda es que sus lágrimas no sean su pan de día y de noche. Vuelve, pues, á mí los ojos, y compadécete de mí, porque se han multiplicado los dolores de mi corazón. Dáme tu celestial consolación, y no quieras menospreciar el alma pecadora que te costó la vida. Ruégote que me des lágrimas

de corazón, que puedan romper las ataduras de mis culpas y tengan siempre mi alma llena de una celestial alegría. Háme venido también al pensamiento la devoción maravillosa de otra mujer santa, que con afecto piadoso te buscaba puesto en el sepulcro; la cual no se iba yéndose los Apóstoles, la cual en pié, y asentada, triste y dolorosa, por mucho tiempo, derramaba suspiros y lágrimas, y levantándose llorosa una y muchas veces hecha ojos, buscaba y escudriñaba los rincones y senos del monumento, por si acaso podía ver en él al que buscaba con tan fervoroso deseo: ya ciertamente había entrado una y otra vez, y visto el sepulcro; pero no bastaba para quien tanto amaba, porque la perseverancia es la virtud de la buena obra; y porque amó más que los demás, y amando lloró, y llorando buscó, y buscando perseveró, por eso mereció hallarte, verte y hablarte primero que todos; y no sólo esto, pero también ser la que primero llevó las nuevas á los Apóstoles de tu Resurrección, mandándose tú, diciéndole amorosamente: «Ve y di á mis hermanos que vayan á Galilea, que allí me verán».

Pues si así lloró y perseveró en su llanto una mujer que buscaba al vivo entre los muertos, y que con la mano de la fe te tocaba, ¿cómo debe llorar y perseverar en su llanto el alma que con el corazón te cree, y con la boca te confiesa á ti Redentor suyo, que sabe estás asentado en el Cielo, y cree y confiesa con el corazón y con la boca que reinas en todo lugar? ¿De qué manera debe gemir y llorar quien te ama de todo corazón y desea verte con todo su deseo? ¡Oh solo refugio y única esperanza de los miserables, á quien nunca se pide sin esperanza de misericordia! Dame esta gracia por ti y por tu santo nombre, que todas las veces que de ti pensare, de ti hablare, de ti escribiere, de ti leyere, de ti disputare, todas cuantas veces me acor-

dare de ti y estuviere delante de ti, y te ofreciere alabanzas, ruegos y sacrificios, otras tantas, desecho en lágrimas en tu presencia, dulce y abundantemente llore, de manera que de día y de noche mis lágrimas me sirvan de pan y sustento; y porque tú, Rey de gloria y Maestro de todas virtudes, nos enseñaste con tus palabras y ejemplo á gemir y llorar, diciendo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». Tú lloraste á tu amigo Lázaro difunto, y también lloraste sobre la ciudad de Jerusalén, que había de ser destruída. Ruego, buen Jesús, por aquellas piadosísimas lágrimas, y por todas tus misericordias, con las cuales maravillosamente fuiste servido de socorrernos estando perdidos, que me des la gracia de lágrimas que tanto desea mi alma, pues no la puedo tener sin dármela tú, sino por tu Santo Espíritu, que ablanda los corazones empedernidos de los pecadores y los compunge para que lloren. Dame gracia de lágrimas, como la diste á nuestros padres primeros, cuyos pasos debo seguir, para que me llore toda mi vida, como ellos se lloraron en la suya. Por los merecimientos y oraciones de aquellos que te agradaron y devotísimamente te sirvieron, ten misericordia de mí, miserabilísimo é indigno siervo tuyo, y dame este dón de lágrimas de día y de noche, para que las lágrimas me sean pan ordinario, y abrasado en el fuego de la compunción, sea hecho en tus ojos ¡Dios mío! un holocausto precioso, y todo sea sacrificado en la ara de mi corazón, y me recibas como pingüísimo sacrificio y holocausto en olor suave. Dame, dulcísimo Señor, una fuente manantial y clara en que se lave muchas veces este holocausto sangriento: porque aunque es verdad que, ayudándome tu gracia, me he ofrecido todo á ti, en muchas cosas te ofendo cada día por mi mucha flaqueza. Dame, pues, bendito y amable Señor, gracia de lágrimas, principalmente nacidas

de la mucha dulzura de tu amor y memoria de tus misericordias. Pon esta mesa á tu siervo en tu presencia, y déjala en mi poder para que me pueda hartar della cuando quisiere. Dáme por tu bondad y piedad que este Cáliz excelente y divino que embriaga, mate mi sed, para que mi espíritu anhele y suspire por ti, y mi alma se abra en tu amor, olvidándose la vanidad y miseria. Oye, Dios mío; oye, Lumbre de mis ojos; oye lo que te pido, y dáme que te pida lo que has de oír. Piadoso y apacible Señor, no te hagas para mí inexorable por mis pecados, mas usa de tu bondad. Recibe los ruegos de tu siervo, y da fin cumplido á mi petición y deseo, por los ruegos y merecimientos de la sacratísima Virgen María, Señora nuestra, que tanto lloró, y tan dulces lágrimas por toda su vida derramó por ti, Señor, sabiendo desde tu santa Encarnación lo que habías de padecer.

FIN



ÍNDICE

	Págs.
Á la Excelentísima Señora Doña Leonor María de Guzmán, condesa de Monterrey	5

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I.—Cómo Dios es incomprendible y con todo eso debemos procurar conocerle con humildad.....	9
CAP. II.—Cuán debido es procurar conocer á Dios, y formar algún alto concepto de su grandeza y hermosura...	16
CAP. III.—Cómo Dios es hermosísimo, y por ser una sombra suya agrada la hermosura criada.....	27
CAP. IV.—El fundamento de la Hermosura divina es ser Dios de sí mismo, sin tener principio, por lo cual es infinito. Trátase de la infinidad de Dios.....	34
CAP. V.—La Hermosura de Dios es sobre todo género y concepto de la hermosura criada.....	45
CAP. VI.—Reglas de San Anselmo para conocer lo que es Dios; por donde se colige su infinita Hermosura.....	51
CAP. VII.—Cuán digno es Dios de ser amado por su Hermosura, para la cual fuimos criados.....	59
CAP. VIII.—De la primera condición de la Hermosura que señalan los filósofos peripatéticos, que es la proporción de partes. Trátase de la simplicidad y unidad divina...	69
CAP. IX.—La orden que requiere Aristóteles para la hermosura, está en Dios con suma excelencia. Trátase del misterio de la Santísima Trinidad.....	77
CAP. X.—Otra condición de la hermosura, que es la integridad, está en la naturaleza divina. Trátase de la bondad natural de Dios.....	87
CAP. XI.—La condición de la hermosura, de tener conve-	